

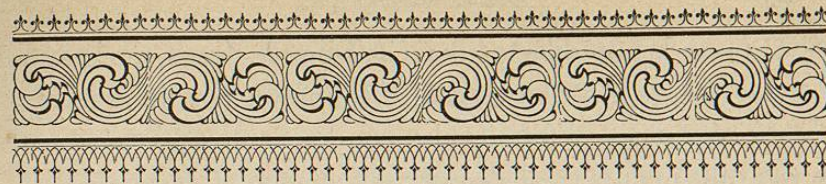
hallaremos tesoros de verdad, de justicia y de paz, y al fin lograremos delicias tan incomprensibles como lo son hallar á Jesús, unírnos con Él, vivir de su misma vida (1) y morir en su misma cruz (2), para reinar luego con Él por toda la eternidad en la patria de los bienaventurados.

(1) Galat., II, 20.

(2) Galat., VI, 14.



DE LAS TENTACIONES



DE LAS TENTACIONES

GRAN paso habéis dado, hermanas mías, al abandonar el siglo para entrar á servir á Dios en su santa Casa y permanecer en ella hasta la muerte. Con ello habéis logrado lo que con ardor anhelante deseaba el Santo Rey David cuando decía: *Una sola cosa he pedido á Dios y es, el que yo pueda morar en la Casa del Señor todos los días de mi vida* (1); y luego añadía: *Bienaventurados, Señor, los que moran en tu Casa* (2). Éstos son los religiosos; éstas sois vosotras. En consecuencia, inmensa debe ser vuestra gratitud para con Dios que os ha otorgado esta gracia, no concedida á la mayoría de los cristianos, muchos de los cuales, sin duda, habríanse aprovechado de ella y logrado llegar á la cumbre de la santidad por los medios que facilita el estado religioso.

(1) Psalm. XXVI, 4.

(2) Psalm. LXXXIII, 5.

Sois, pues, las predilectas del Corazón de Jesús, porque os ha traído á su Casa, en la cual sois abastecidas de gracias y dones celestiales, y fortalecidas con los Santos Sacramentos, y espiritualmente regaladas con el Santísimo Cuerpo de Cristo que diariamente recibís, y purificadas con las prácticas y ejercicios de la religión, y escogidas para entrar un día en posesión de la herencia de la gloria que Dios os tiene prometida (1).

Todo esto es cierto, y por ello merecéis cordial enhorabuena. Pero al mismo tiempo debo advertiros con San Pablo, que todo este cúmulo de bienes, todo este tesoro de gracias y dones celestiales lo lleváis *en vasos de barro frágil y quebradizo* (2), y son muchos y muy astutos los enemigos de vuestras almas empeñados en arrebataros ese tesoro (3). Es verdad que os ejercitáis todos los días en las virtudes y tenéis muy arraigado en vuestro corazón el santo temor de Dios (4); pero no debéis fiar en la virtud adquirida ni mucho menos en vuestras solas fuerzas, porque varones muy siervos de Dios han caído de gran altura de santidad, permitiéndolo así el Señor para que se reconociesen y humillasen (5). No descanséis fiando en que habéis consagrado á Dios vuestros cuerpos y vuestras almas por los votos de la religión, porque si bien es cierto que por la profesión religiosa vivís apartadas de muchas ocasiones y peligros, pero no estáis libres ni lo estaréis nunca de ser solicitadas por la tentación. Sí, hermanas mías, seréis tentadas; y ved aquí el asunto que deseo tratar brevemente. Veamos como la tentación es «necesaria» y las «utilidades» que proporciona.

(1) Psalm. XV, 5.
(2) II. Corinth., IV, 7; Génes. VIII, 21.

(3) S. Greg., Homil. 2. in Evang.
(4) Eccli., XXV, 5.
(5) Psalm. CXVIII, 71.

La tentación es necesaria

La palabra tentación, aplicada al asunto de que hablamos, significa impulso, instigación ó provocación á hacer alguna cosa ilícita. Aunque los tres enemigos de nuestra alma tienden con empeño á hacernos caer en pecado, pero cada uno de ellos se vale del medio más adecuado á su propia índole para lograr este fin, dice el Doctor Angélico (1). Y así, el mundo nos tienta instigándonos á amar desordenadamente las cosas temporales, esto es, á la «avaricia». El demonio nos tienta induciéndonos á cometer el pecado, cuya raíz es la «soberbia» (2). Y la carne nos tienta provocándonos á apetecer los placeres de los sentidos, es decir, la «lujuria». Pues bien: la tentación es necesaria desde que pecó Adán en el paraíso; se rebeló contra Dios, y desde entonces sus pasiones y apetitos levantaron también bandera de rebelión contra él. Porque no quiso obedecer á Dios, fué condenado á muerte y arrojado de aquel lugar de delicias que había profanado, y por su culpa arrastramos sus descendientes pesada cadena de infortunios que apenas nos dejan momentos de tranquilidad y de reposo. Ciertamente que Jesucristo, Hijo de Dios, llevado del amor que desde la eternidad nos profesa (3), bajó al mundo para borrar el decreto de condenación (4), cerrándonos las puertas del infierno que habíamos merecido, y abriéndonos las del cielo con el precio infinito de su sangre (5), y nos dió medios eficacísimos para pelear y vencer á nuestros enemigos; mas no por ello dejarán éstos de combatirnos con verdadero encarnizamiento hasta la muerte.

(1) Opusc. VIII.
(2) Eccli., X, 15.
(3) Jerem., XXXI, 3.
(4) Coloss., II, 4.

(5) I. Corinth., VI, 20; I. Petr., I, 8; Hebræ., IX, 14; I. Joann., I, 7; Ephes., I, 7; Coloss., I, 14.

Y á la verdad, ¿quién podrá gloriarse entre los mortales de estar libre de los ataques ó asechanzas de alguno de estos enemigos ó de todos á la vez? Nadie, dice el santo Job, porque *la vida del hombre es lucha continua sobre la tierra* (1). San Pablo, aquel *vaso de elección* (2) que fué arrebatado al tercer cielo (3), se quejaba también amargamente de la lucha incesante que padecía en su cuerpo, y decía: *Siento en mis miembros una ley que contradice á la ley de mi espíritu*. Hay, efectivamente, en nosotros una vida perversa, la vida de las pasiones, la vida terrena, vida satánica, y es la concupiscencia; su fuerza avasalladora y humillante, hasta los Santos la han experimentado. Oíd los lamentos que arrancaba al Apóstol: *¡Desventurado de mí!, ¡quién me librará de este cuerpo de muerte!* (4). Esta queja repercute de siglo en siglo; la volvemos á oír de labios de San Agustín, cuando refiere que sus pasiones «batallaban por llevarle de nuevo al pecado tirándole de la vestidura de la carne» (5); la oímos también de labios de San Jerónimo, cuando nos cuenta que los fantasmas impuros de Roma le perseguían hasta en el desierto y los veía sonreírse, gesticular y danzar sobre las paredes de la cueva en que vivía sepultado. Leamos las vidas de los Santos y los veremos luchando sin tregua con ayunos, vigiliias y continua oración contra las asechanzas del enemigo que no los dejaba sosegar, envidioso de la santidad que en ellos resplandecía. ¿Qué digo los Santos? La santidad por esencia, Jesucristo, verdadero Dios y hombre, nuestro Maestro (6) y único ejemplar (7), quiso ser tentado por el demonio en el desierto (8); y nosotros, *concebidos en pecado* (9); nosotros, fragilísimos é

(1) Job., VII, 7.

(2) Act., IX, 15.

(3) II. Corinth., XII, 2.

(4) Rom., VII, 23.

(5) Confes., tom. 2, cap. 5.

(6) Matth., XXIII, 8; Joan., XIII, 14.

(7) Exod., XXV, 4.

(8) Matth., IV, 1.

(9) Psalm. L, 7.

inclinados al mal por naturaleza (1), ¿extrañaremos que la tentación nos persiga y no nos deje un momento de reposo? Jesucristo ha dicho que *no ha de ser el discípulo de mejor condición que su Maestro* (2); de suerte que si el Maestro ha padecido tribulaciones, tentaciones, calumnias, dolores, tormentos y muerte de cruz, no es justo, no es equitativo que el discípulo viva sin ellas, ya que han de proporcionarle *un peso imponderable de gloria en la eternidad*, como escribe San Pablo (3). ¿Por ventura la pureza y santidad del alma consiste en estar libre de tentaciones? No, hermanas mías; esa santidad, esa pureza es angélica, no humana. La santidad humana consiste en resistir y vencer la tentación, con la ayuda de Dios, dice el real Profeta (4). «Nuestra vida, escribe San Agustín (5), no puede concebirse sin tentaciones, porque ayudan á nuestro aprovechamiento y perfección. Nadie puede ser coronado, si no vence; ni puede vencer, si no lucha; ni puede luchar, si no es tentado por el enemigo; porque *el poder de Dios resplandecé más triunfando de nuestra flaqueza*» (6).

Todos, todos somos tentados y lo seremos hasta el último instante de nuestra vida, porque todos llevamos en nuestras entrañas el germen ponzoñoso del pecado, y por lo mismo, todos debemos vivir apercebidos para luchar con las tres concupiscencias, á las cuales se reducen todas las tentaciones y todos los lazos de que se vale el enemigo para perdernos (7). La diferencia entre buenos y malos no está en que unos son tentados y otros no lo son, sino en que los buenos se defienden de la tentación, la resisten y la vencen; y los malos, como no luchan, como no resisten, como no se defienden, caen en los lazos del enemigo (8) y se hacen reos de

(1) Exod., XXXII, 22.

(2) Luc., VI, 40.

(3) II. Corinth., IV, 17.

(4) Psalm. XVIII, 14.

(5) In psalm. LX.

(6) II. Corinth., XII, 9.

(7) Joann., II, 16.

(8) Psalm. LVI, 7.

condenación eterna. ¡Oh qué luchas tan formidables tenemos que sostener á cada paso!, y ¡en qué batallas tan sangrientas se ve envuelta muchas veces nuestra pobre alma! Ya no extraño que el pacientísimo Job se quejase angustiado al verse sometido á una de las pruebas más duras á que Dios puede someter á una criatura (1). Ya no me maravilla que San Pablo experimentase *tedio en su corazón* y deseara verse libre de este cuerpo de muerte para volar á las regiones celestiales y gozar de la vista clara de Dios (2).

Todo esto es tristemente cierto, hermanas mías; mas no por ello debemos desalentarnos, pues como escribe el Apóstol: *Fiel es Dios, y no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas; antes de la misma tentación nos hará sacar provecho* (3). Así es; provecho y grandes utilidades facilitará al alma la tentación, si sabemos aprovecharnos de ella. Veamos las principales

Utilidades

1.^a *La tentación nos ilustra y nos humilla.*—Esto es, descubre nuestra fragilidad y miseria, á fin de que nunca presumamos de nuestras fuerzas, porque muchas veces nos engaña el amor propio diciéndonos que somos fuertes, siendo la misma fragilidad (4). ¡Nosotros fuertes!, ¡nosotros valientes, tratándose de resistir las tentaciones! ¿Cómo nos atrevemos á imaginarlo siquiera, si la propia experiencia nos demuestra todo lo contrario? ¿Quién osará contradecir á Cristo, el cual afirma que por nosotros mismos y abandonados á nuestras solas fuerzas no podemos hacer nada en el orden sobrenatural? (5); nada, ni siquiera concebir un buen pensa-

(1) Job, IX, 21.
(2) Philipp., I, 23.
(3) I. Corinth., X, 13.

(4) Job, XIV, 2.
(5) Joann., XV, 5.

miento, añade San Pablo (1), ni pronunciar el Nombre de Jesús en orden á mérito (2). Esta es la verdad. Sin duda la olvidó el Príncipe de los Apóstoles cuando se atrevió á replicar y contradecir á su divino Maestro, al asegurarles éste que habían de padecer escándalo en la noche de la Pasión. «Señor, »dijo Pedro, mis compañeros podrán escandalizarse de Vos, »como decís; podrán negaros y hasta abandonaros, cobardes; »pero yo estoy dispuesto á confesaros delante de vuestros »enemigos y hasta á ir con Vos á la cárcel y á la muerte» (3). Esto dijo el Príncipe de los Apóstoles, contando sólo con sus fuerzas; y no obstante, poco después, á la voz de una mujer, niega á su Maestro una, dos y tres veces, y la última multiplicando juramentos y maldiciones (4). ECCE HOMO (5). Ved aquí al hombre, al fuerte, al valiente; la tentación le humilló, como humilla á todos los soberbios, á todos los que fían en sus fuerzas (6); la tentación le instruyó descubriéndole quién era y lo que podía fiar de sí mismo. Por supuesto, expió su pecado llorando y haciendo penitencia mientras le duró la vida (7). Quizá alguna vez nos forjemos también nosotros la ilusión de que estamos dispuestos á padecer por amor de Dios, dice Santa Teresa, no sólo una pequeña contradicción ó calumnia, sino también á derramar la sangre de nuestras venas en lejanas tierras; y no obstante, una ligera injuria, una leve contradicción ó reprensión nos llena de congoja y nos hace andar desconcertados y nos muestra que estábamos en un error, que vivíamos engañados, pues no había tal virtud en nosotros. Por eso el Profeta David clamaba al Señor diciendo: *Pruébame, Señor, y permíteme que sea yo tentado, para que me conozca y me humille* (8).

(1) II. Corinth., III, 5.
(2) I. Corinth., XII, 3.
(3) Luc., XXII, 33.
(4) Matth., XXVI, 72.
(5) Joann., XIX, 5.

(6) Luc., XVIII, 14.
(7) Matth., XXVI, 75; Luc., XXII, 61.
(8) Psalm. XXV, 2.